

Los bárbaros y el Bárbaro: identidad griega y alteridad persa

Manel García Sánchez

Universitat de València. Departament d'Història Antiga i de la Cultura Escrita
manel.garcia@uv.es

Resumen

El objetivo de este trabajo es analizar cómo los griegos concibieron a los persas aqueménidas como a los bárbaros por antonomasia e inauguraron una construcción de la identidad occidental etnocéntrica y recelosa del mundo oriental.

Palabras clave: alteridad, aqueménidas, bárbaro, etnocentrismo, identidad.

Abstract. *The barbarians and the Barbarian: Greek identity and Persian otherness*

The aim of this paper is to analyse how the Greeks conceived the Achaemenid Persians as the Barbarians *par excellence* and how they began the creation of an ethnocentric Western ethnicity suspicious of the East.

Key words: Achaemenids, Barbarian, ethnicity, ethnocentrism, otherness.

Esta gente, al fin y al cabo, era una solución
C. P. KAVAFIS, *Esperando a los bárbaros*, 1904

Los pueblos vecinos tienden a observarse siempre dominados por un sentimiento contradictorio de curiosidad y de recelo. El caso griego no fue una excepción y, con su mirada sobre los llamados *bárbaros*, se inauguró en la historia de la cultura occidental una retórica sobre la alteridad impregnada de una conciencia de superioridad consistente en representarse a los vecinos de frontera como a gentes de costumbres estrafalarias y aberrantes, de vicios convertidos en falsas virtudes.

Poco importa que la identidad se construya dialécticamente frente a la alteridad y que en el imaginario de las *etnoidentidades*¹ se ponga el acento sobre las falsas

1. Una reflexión teórica sobre ese proceso puede leerse en HALL, J. M. (1997), *Ethnic Identity in Greek Antiquity*, Cambridge, p. 17-66; HALL, J. M. (2002), *Hellenicity: between Ethnicity and Culture*, Chicago. Encontramos un complemento no menos sugerente en SAÏD, S. (ed.) (1991), *ἙΛΛΗΝΙΣΜΟΣ. Quelques jalons pour une histoire de l'identité grecque. Actes du Colloque de Strasbourg 25-27 octobre 1989*, Leiden, y MALKIN, I. (ed.) (2001), *Ancient Perceptions of Greek Ethnicity*, Cambridge.

polaridades de la diferencia y se silencio, en cambio, el flujo de préstamos culturales en ambas direcciones. Culturalmente, un pueblo forja su identidad diferenciándose respecto a los otros, por oposición, negando o minimizando cualquier préstamo, y los griegos tampoco fueron ajenos a ese mal hábito. Es cierto que, en el relato mitológico, aparece alguna que otra importación de oriente, de Egipto en especial, pero pronto se sintió la necesidad de helenizarlo, de buscar en Grecia, si no los orígenes, al menos la transformación de un balbuciente comienzo en una auténtica creación cultural, en un hito de civilización, y nosotros, mediante el mito del milagro griego, hemos abusado de ese tópico y no precisamente poco. Los griegos, quizás en mayor medida que otros pueblos, enhebraron un discurso sobre la alteridad etnocentrista, y para algunos protorracista², tan bien trabado que sigue lastrando el proceso de construcción de nuestro imaginario occidental³, que fija siempre los orígenes en Grecia y gira la espalda a oriente, por más que asiriólogos o egiptólogos nos hayan descubierto desde hace muchos años civilizaciones deslumbrantes por sus logros con las que tenemos contraída también más de una deuda cultural. Y es que los griegos, como todos los pueblos y nosotros mismos, estaban necesitados de sus bárbaros, de su alteridad, y sin ellos, como nosotros, se sentían huérfanos de identidad.

El discurso sobre la alteridad no tuvo únicamente un aire persa, si bien la magnitud del choque greco-persa, de las guerras médicas, eclipsó parcialmente a muchas otras alteridades, curiosas y también a veces fabulosas, pero nunca una verdadera amenaza para los griegos. En escena tenían también un papel los nómadas escitas, los feroces tracios, los piadosos egipcios y toda una plétora de pueblos reales o imaginarios: de los hiperbóreos a los pigmeos, que luchaban contra las grullas; de los indios y los seres a los pueblos de las puertas del crepúsculo, itálicos o iberos; de los bárbaros del Eridano a las islas Casitérides; de los etíopes macrobios, que sacrificaban en la mesa del Sol, a los pueblos del mar Negro, los arimaspos y los grifos, más allá de la nórdica Thule y, de retorno, pasando por las Antípodas, recorriendo siempre con la imaginación un *plus ultra* poblado de toda suerte de bestiarios y de gentes salvajes en donde las mujeres invadían también los espacios de la masculinidad⁴. No podemos olvidar aquí el enorme influjo de las cartografías míticas, de las cartografías de la fantasía como prefiguradoras de lo que después se convirtió en una tradición de periplos o periégesis, de un espacio que en el pensamiento arcaico se configuró *hodológicamente*, definido, como leemos en Plinio⁵, a la manera de útiles, escuetos y completos nomenclatores o prontuarios de lugares, pueblos y rutas de viaje⁶, no ajenas a los *mirabilia* o a la paradoxografía, la etimología y la mitología, que permitían ensamblar cada cuadro etnogeográfico en

2. ISAAC, B. (2004), *The Invention of Racism in Classical Antiquity*, Princeton, p. 257-303.

3. SAID, E. W. (2003), *Orientalismo*, Barcelona, p. 89-92.

4. La bibliografía es inmensa, pero encontramos dos excelentes síntesis en BURKERT, W. (ed.) (1990), *Hérodote et les peuples non-Grecs*, Ginebra, y ROMM, J. S. (1992), *The Edges of the Earth in Ancient Thought: Geography, Exploration and Fiction*, Princeton.

5. Plin., *Nat.* III, 1, 2.

6. Se han llamado acertadamente «bocetos de viaje». FERNÁNDEZ NIETO, F. J. (2001), «Introducción», en SOLINO, *Colección de Hechos Memorables o El Erudito*, Madrid, p. 104.

un mapa mental global del mundo conocido e imaginado, de una οἰκουμένη salpicada aquí y allá de vastos espacios de vacía soledad y desierto (ἐρημία) y lejanos límites infranqueables de mundos inhabitados (ἐσχατιά). Estas descripciones fueron complementadas, poco a poco, por una logografía que no se desnudó del todo de la parafernalia mítica, como leemos en no pocas de las páginas de Heródoto, e incluso la geografía mezcló también la ciencia con la ficción, recibiendo un impulso no falto de ímpetu con la irrupción del imperio persa y su expansión por Asia Menor, con sus calzadas reales desde oriente hasta occidente⁷.

No es que los persas aqueménidas fueran tampoco ajenos a ese mal⁸, con su representación del espacio articulada sobre el eje de la centralidad del pueblo persa, tal como nos revelan las inscripciones reales aqueménidas, la división administrativa en satrapías o los relieves de Persépolis⁹, pero sin duda hubo de sorprender a los griegos que un amenazante vecino de frontera, al decir de Heródoto¹⁰, aceptase las costumbres extranjeras (τὰ ξενικὰ νόμια), asimilase algunas de las costumbres de los pueblos conquistados, respetase los cultos autóctonos y sintiese como suyas estructuras políticas y económicas de eficacia probada. A ese talante hoy lo llamaríamos el «valor de la tolerancia», aunque sería faltar a la verdad ocultar el pragmatismo político que subyacía a una medida de gracia tal o exonerar a los persas aqueménidas —o a cualquier otro pueblo— de una propensión natural hacia el etnocentrismo y la xenofobia, respuesta psicológica provocada por el miedo sentido frente a lo desconocido, frente a la alteridad.

Es revelador, sin embargo, que, frente a tal amenaza, los antagonismos de las πόλεις griegas fuesen tan sólo subordinados al interés general, si bien sólo par-

7. PRONTERA, F. (2003), «Sobre la delimitación de Asia en la geografía helenística», en PRONTERA, F. (2003), *Otra forma de mirar el espacio*, Málaga, p. 67; BRIANT, P. (1991), «De Sardes à Suse», en SANCISI WEERDENBURG, H.; KUHRT, A. (eds.) (1991), *Achaemenid History VI. Asia Minor and Egypt: Old Cultures in a New Empire. Proceedings of the 1988 Groningen Achaemenid History Workshop*, Leiden, p. 67-82; DEBORD, P. (1995), «Les routes royales en Asie Mineure Occidentale», en BRIANT, P. (1995), *Dans les pas des dix-mille. Peuples et pays du proche-orient vis par un grec. Actes de la Table Ronde Internationale, Toulouse 3-4 février, 1995*, Pallas 43, p. 89-97.
8. Hdt. I, 134, 2.
9. Hdt. III, 89, 1-3. En las inscripciones aqueménidas vemos cómo se representa no sólo geográfica, sino también política e ideológicamente, el espacio imperial, desde la centralidad ocupada por Persia hacia los extremos del mundo, los jonios ocupaban un lugar de la periferia. ROOT, M. C. (1979), *The King and Kingship in Achaemenid Art. Essays on the Creation of an Iconography of Empire*, Leiden, p. 63-65; CALMEYER, P. (1982 y 1983), «Zur Genese altiranischer Motive VIII. Die Statistische Landcharte des Perserreiches», *AMI*, 15, p. 106-187 y *AMI*, 16, p. 141-221; BRIANT, P. (1996), *Histoire de l'empire perse. De Cyrus à Alexandre*, París, p. 184-196; KUHRT, A. (2002), «Greeks and «Greece» in Mesopotamian and Persian Perspectives», Oxford, p. 19-22; WIESEHÖFER, J. (2007), «Ein König erschließt und imaginiert sein Imperium: Persische Reichsordnung und persische Reichsbilder zur Zeit Dareios' I. (522-486 v.Chr.)», en RATHMANN, M. (ed.) (2007), *Wahrnehmung und Erfassung geographischer Räume in der Antike*, Mainz am Rhein, p. 31-40; LINCOLN, B. (2007), *Religion, Empire & Torture. The Case of Achaemenian Persia, with a Postscript on Abu Ghraib*, Chicago, p. 17-32. No obstante, y sin pretender atenuar el *persocentrismo*, en las lacónicas fuentes aqueménidas el etnónimo antiguo persa *Yaunā* no tiene connotaciones negativas como en muchos pasajes de las fuentes griegas «persa» o «medo». SANCISI-WEERDENBURG, H. (2001), «*Yaunā* by the Sea and across the Sea», en MALKIN, I. (ed.) (2001), *op. cit.*, p. 323-346.
10. Hdt. I, 135.

cialmente, en un momento tan crítico para la Hélade como el de las guerras médicas, conflicto que provocó el surgimiento de una frágil solidaridad helénica¹¹, aunque sin vencer el medismo de algunas ciudades estado, encubierto o no¹², que, bajo la forma de la neutralidad, contribuyeron a la desunión y ofrecieron su colaboración al invasor persa, con lo que imposibilitaron una *συνμαχία* helénica total¹³. Sin duda, en el año 481 aC, o quizás con la Liga de Corinto en el 338 aC y bajo los auspicios imperativos de Filipo de Macedonia, fue cuando se estuvo más cerca de esa unidad, pero los recelos y las rencillas que caracterizaron a los particularismos abortaron esa posibilidad y Hélade no pudo significar para las ciudades griegas más que el participar de una unidad cultural, si se quiere de una *οἰκουμένη*, pero no de una unidad estatal o nacional. Ni siquiera la amenaza aqueménida, el terror o la angustia provocadas por la vecindad de un poderoso gigante —y no precisamente con pies de barro, como los autores del siglo IV aC no se cansaron de pregonar¹⁴— venció las objeciones y los prejuicios a la unificación política, y de ello se lamentaba el espartano Agesilao, *φιλέλλην* y *μισοπέροης*¹⁵ a partes iguales, al afirmar: «¡Ay de Grecia, que ha matado por sí misma a tantos cuantos serían suficientes para vencer a todos los bárbaros!»¹⁶. Pasados los momentos críticos en los que se impuso por necesidad la coalición frente al bárbaro —Maratón, Salamina o Platea—, o en que un semibárbaro reino del norte recogió el relevo e impulsó por la fuerza el cumplir venganza de la ofensa persa, para el síntoma se prescribió otra terapéutica: la creación de una retórica de la alteridad que, en el ágora o en el teatro, a través de la oralidad o de la escritura¹⁷, también de la imagen¹⁸, provocase el efecto catártico necesario para apaciguar los ánimos de la helenidad y mantener un orgullo y una dignidad que la historia política, tras las guerras médicas y hasta la llegada de Alejandro, no hacía otra cosa que desmentir. Los persas fueron ven-

11. PUGLIESE CARRATELLI, G. (1966), «Le Guerre Mediche ed il sorgere della Solidarietà Ellenica», en *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il Mondo Greco-Romano (Roma 11-14 aprile 1965)*, Roma, p. 147-156.
12. Thuc. III, 62.
13. ALONSO TRONCOSO, V., «Neutralismo y desunión en la segunda Guerra Médica», en PEREIRA, G. (ed.) (1988), *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela, p. 55-70; ALONSO TRONCOSO, V. (2001), «Die neutralen Staaten in den Perserkriegen und das griechische Völkerrecht», en PAPPENFUB, D.; STROCKA, V. M. (eds.) (2001), *Gab es das Griechische Wunder? Griechenland zwischen dem Ende des 6. und der Mitte des 5. Jahrhunderts v. Chr.*, Mainz, p. 365-377.
14. STARR, CH. G. (1975), «Greeks and Persians in the Fourth Century B. C. A Study in Cultural Contacts before Alexander. Part I», *IA 11*, p. 39-99 (p. 48-61).
15. Xen. *Ages.*, 7, 4-7.
16. Plut. *Ages.* 16; *Moralia* 191B y 211E; cf. Eur. *IA* 370-373.
17. HABERKORN, H. (1940), *Das Bild der Perser in der griechischen Literatur*, Greiswald; CANTARELLA, R. (1966), «La Persia nella letteratura greca», en *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il Mondo Greco-Romano*, p. 489-504; HUTZFELDT, B. (1999), *Das Bild der Perser in der griechischen Dichtung des 5. vorchristlichen Jahrhunderts*, Wiesbaden.
18. SCHOPPA, H. (1933), *Die Darstellung der Perser in der griechischen Kunst bis zum Beginn des Hellenismus*, Heidelberg; BOVON, A. (1963), «La représentation des guerriers perses et la notion de barbare dans la 1^{er} moitié du V^e siècle», *BCH*, 86/2, p. 579-602; RAECK, W. (1981), *Zum Barbarenbild in der Kunst Athens im 6. und 5. Jahrhunderts v. Chr.*, Bonn.

cidos en Maratón o en Salamina, pero dirigieron entre bastidores una política griega que se acercaba o se alejaba a conveniencia del Gran Rey y a cuyas puertas de sus palacios —o de los de sus sátrapas— atenienses o espartanos no se cansaron de golpear, especialmente en aquella época de angustia que fue la de la Guerra del Peloponeso, pero también después, cuando unos y otros intentaron resurgir de sus cenizas¹⁹. También en este caso, con palabras de Dumézil: «l'idéologie a eu la vie plus dure dans l'imaginaire que dans la réalité».

Ridiculizar, degradar, empuñecer o ningunear a la alteridad en el imaginario era un necesario y efectivo fármaco, un mecanismo de defensa contra la presencia real de pueblos o civilizaciones más o menos desarrollados, más o menos poderosos, más o menos amenazantes. Una vez más, el recurso a la polaridad se convertía en el utillaje mental que facilitaba la conceptualización de la diferencia y la construcción de la identidad. Pero del impulso o sentimiento irracional, del prejuicio étnico provocado por la presencia del *Otro*, se pasó en más de un caso a elaborar un discurso ideológico barnizado la mayoría de veces de una conciencia de superioridad y, por tanto, con implicaciones morales.

En relación con las formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego, cabe añadir que, junto al concepto de barbarie, apareció otro rasgo diferenciador: lo oriental o asiático, ya que, en la tradición griega, oriente fue Asia²⁰. Oriente fue, y no poco, una creación griega, interesadamente sentida como nuestra, y que afloró rápida y vigorosamente en la mentalidad helena hacia finales del siglo VIII aC. A ello contribuyeron las colonizaciones del Levante, del mar Negro, el servicio de los mercenarios griegos en Egipto y en el ejército aqueménida²¹ o el de los artesanos griegos que trabajaron en los reinos del próximo oriente²². Y si bien quizás tengan razón aquellos que ven en *Los Persas* de Esquilo la primera e inconfundible creación de lo que simboliza oriente, a saber, lujuria, molicie, emotividad desenfrenada, crueldad desatada y, en definitiva, peligro siempre acuciante (aunque sin perder de vista tampoco que el retrato de la ὕβρις de Jerjes tiene una finalidad fundamentalmente moralizante), algunos de estos aspectos se dejan ya entrever en la épica, con los carios βαρβαροφάνων ataviados ostentosamente, o en la líri-

19. Thuc. II, 67; Plat. *Menex.* 245b-e; Isoc. IV, 175-177; Thuc. VIII, 18; 37; 58; Aristoph. *Ach.* 645-650; véase HOFSTETTER, J. (1978), *Die Griechen in Persien. Prosopographie der Griechen im Persischen Reich vor Alexander*, Berlín.
20. HALL, E. (1993), «Asia Unmanned: Images of Victory in Classical Athens», en RICH, J.; SHIPLEY, G. (eds.) (1993), *War and Society in the Greek World*, Londres, p. 107-133; GEORGES, P. (1994), *Barbarian Asia and the Greek Experience. From the Archaic Period to the Age of Xenophon*, Baltimore-Londres; HARRISON, TH. (2000), *The Emptiness of Asia. Aeschylus' Persians and the History of the Fifth Century*, Londres; TOURRAIX, A. (2000), *L'Orient, mirage grec. L'Orient du mythe et de l'épopée*, París.
21. SEIBT, G. F. (1977), *Griechische Söldner im Achaimenidenreich*, Bonn. Por cierto, que la lealtad de los mismos no flaqueó nunca, debiendo buscarse la razón de ello en algo que no se le escapó a Quinto Curcio (Curt. V, 12, 2): que el mejor postor era, sin duda, la inmensa riqueza del Gran Rey.
22. NYLANDER, C. (1970), *Ionians in Pasargadae. Studies in Old Persian Architecture*, Uppsala; BOARDMAN, J. (2000), *Persia and the West. An Archaeological Investigation of the Genesis of Achaemenid Art*, Londres.

ca arcaica, en la que Lidia simbolizaba la magnificencia oriental y todo ese mundo fascinante y amenazante a la vez de la *τρουφή*, la *μαλακία* y *la altiva tiranía*²³, y cuya conquista fue tan corruptora de la moral de aquellos austeros pastores bajados del Zagros²⁴. Pero la construcción y la representación de la alteridad recibió un impulso definitivo con las guerras médicas, momento álgido de la autodefinición identitaria helena por oposición al Persa y que se basaba en la identidad étnica y lingüística, de creencias religiosas, de ritos sacrificiales, de usos y costumbres similares²⁵, pero que no poseía unidad de acción ni intención común y no conocía proyecto político alguno de unificación. Se acentuó, sin duda, ante la situación de sometimiento tácito al que fueron impelidas las *póleis* griegas mediante la paz de Calias (449 aC) y la paz de Antálcidas o del Rey (386 aC), aunque lo cierto es que la imagen de los bárbaros fue una creación del imaginario que, tímida pero paulatinamente, fue cobrando forma durante el arcaísmo griego²⁶. Incluso, un destacado tópico de la representación de la alteridad persa, el del despotismo oriental frente a la libertad de la incipiente democracia, fue una construcción del imaginario griego que eclosionó y se conformó como reacción a las tiranías, que constituyeron una tentación latente en buena parte de las aristocracias de las ciudades griegas²⁷.

Bárbaros y orientales —quizás mejor, asiáticos— ofrecían signos de diferencia no sólo cultural, sino también natural, justificada incluso por un rasgo temperamental²⁸, y encontraban también su justificación en la filosofía²⁹, en la geografía³⁰ y en la ciencia médica. Explicaban, desde el determinismo geográfico, la diferencia y la superioridad de unos pueblos sobre otros³¹. Una etnogeografía³², pues, que

23. Hom. *Il.* II, 867-872; Archil. 22D.

24. Plat. *Leg.* 695b.

25. Hdt. VIII, 144.

26. LÉVY, E. (1984), «Naissance du concept de barbare», *Ktéma*, 9, p. 5-14; SANTIAGO, R. A. (1998), «Griegos y bárbaros: arqueología de una alteridad», *Faventia*, 20/2, p. 33-44; DIHLE, A. (1994), *Die Griechen und die Fremden*, Munich.

27. JÜTHNER, J. (1923), *Hellenen und Barbaren*, Leipzig, p. 18-21; POHLENZ, M. (1937), «Ziel und Höhepunkt des Werkes: die Geschichte des hellenischen Freiheitskampfes gegen barbarische Hybris», en *Herodot. Der erste Geschichtschreiber des Abendlandes*, Leipzig y Berlín, p. 120-163; BICHLER, R., «Das Versagen des Imperiums im Kampf gegen die freie hellenische Welt», en BICHLER, R. (2001), *Herodots Welt. Der Aufbau der Historie am Bild der fremden Länder und Völker, ihrer Zivilisation und ihrer Geschichte*, Berlín, p. 303-383.

28. Hdt. I, 60, 3.

29. Arist. *Pol.* 1287 b17.

30. JACOB, CH. (1991), *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, París (trad. cast. Edicions Bellaterra, Barcelona 2008); PRONTERA, F. (2003), *Otra forma de mirar el espacio*; PÉREZ JIMÉNEZ, A.; CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.) (1998), *Los Límites de la Tierra. El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid.

31. Hec. *Aēr* 23; Hdt. IX, 122, 3-4. TRÜDINGER, K. (1918), *Studien zur Geschichte der griechisch-römischen Ethnographie*, Basilea, p. 37-43; MÜLLER, K. E. (1972), *Geschichte der antiken Ethnographie und Ethnologischen Theoriebildung von den Anfängen bis auf die byzantinischen Historiographien*, Wiesbaden; BACKHAUS, W. (1976), «Die Hellenen-Barbaren-Gegensatz und die hipocratische Schrift Περί ἀέρων ὑδάτων τόπων», *Historia*, 25/2, p. 170-185; LENFANT, D. (1991), «Milieu naturel et différences ethniques dans la pensée grecque classique», *Ktéma*, 16, p. 111-122.

32. BRIANT, P. (1982), *État et pasteurs au Moyen-Orient ancien*, París, p. 3.

aplicaba un esquema fosilizado sobre el estudio de la alteridad y que se articulaba sobre cuatro ejes cardinales: tierra y clima, pueblo, νόμιμα y θαναμίσις³³. A ello podríamos sumar los discursos sobre el primitivismo cultural, que la sofística impulsó apasionadamente y que los cínicos convertirían en un lugar común de su filosofía, pensemos en el *Ciro* de Antístenes³⁴ y su emparejamiento con Heracles como símbolo del esfuerzo (πόνος), y que basculó siempre en la etnogeografía griega entre el rechazo de una etapa ya superada de barbarie³⁵ o la nostalgia de aquel pasado que siempre fue mejor, de aquella inocencia primigenia que, ya desde Homero y a través de pueblos, como los intachables etíopes o los nobles escitas, trazó los límites de esos espacios geográficos de la utopía, de la seducción, de la vida buena, del extrañamiento de un añorado paraíso perdido del que fueron expulsados los humanos el día en que sucumbieron a los refinamientos introducidos por las brisas que soplaron de oriente, tierra de molicie por antonomasia. En aquel pasado, se hizo virtud de la austeridad y de la ἐγκράτεια y, más allá de su función utópica, alimentó, una y otra vez, la tentación del eterno retorno³⁶.

Las guerras médicas catalizaron un discurso sobre la alteridad que acabaría también por ser la coartada perfecta para justificar la creación del imperio ateniense y la creación de la Liga de Delos en el 478-7 aC, como desenmascaró Tucídides. Atenas supo enhebrar como nadie una retórica de la defensa de la libertad helena frente al despotismo asiático persa, y la liga nacía para luchar contra el *Bárbaro*, contra el *Persa*, aunque lo cierto es que pronto se convirtió en el instrumento que facilitó la creación y la sustitución de un imperialismo por otro. Pero no sería exacto circunscribir, como consecuencia de la abundancia abrumadora de fuentes, esa retórica de la alteridad tan sólo a Atenas. Sin duda, la polaridad griego-persa hubo de hacerse extensiva a todas las otras *póleis* que participaron en el conflicto y, en concreto, a todas aquellas ciudades que habían visto cómo los persas apoyaban a regímenes tiránicos a principios del siglo V aC³⁷, aunque también en aquellas *póleis* (Atenas y Esparta) que, en distintos momentos del siglo V y IV aC, establecieron acuerdos con Persia³⁸. Dicha coyuntura imprimió al discurso sobre la alteridad persa un matiz ideológico: el de las polaridades enconadas entre libertad y esclavitud, monarquía despótica y democracia, o el de la inextricable simbiosis entre tiranía y barbarie. Pero, a diferencia de los discursos sobre otras alteridades, la riqueza de la civilización aqueménica

33. HARTOG, F. (1980), *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, p. 243.

34. D. L., VI, 2 = DECLEVA CAZZI 19; cf. D. Chr., Or. VI, 1.

35. Thuc. I, 5, 3-I, 6, 1.

36. LOVEJOY, A.; BOAS, G. (1935), *Primitivism and Related Ideas in Antiquity*, Baltimore; EDELSTEIN, L. (1967), *The Idea of Progress in Classical Antiquity*, Baltimore; SCHMAL, S. (1995), *Feindbilder bei den frühen Griechen. Untersuchungen zur Entwicklung von Fremdenbildern und Identitäten in der griechischen Literatur von Homer bis Aristophanes*, Frankfurt, p. 52; TRÜDINGER, *op. cit.*, p. 136 s.; HUTZFELDT, *op. cit.*, p. 9.

37. Thuc. III, 62.

38. SCHRADER, C. (1976), *La paz de Calias. Testimonios e interpretación*, Barcelona; LEWIS, D. M. (1977), *Sparta and Persia*, Leiden; LÉVY, E. (1983), «Les trois traités entre Sparta et le Gran Roi», *BCH*, 107, p. 221-241.

da obligó a elaborar una retórica más sutil, más rica en matices, en contrastes y en clarososcuros. Más allá de las simples costumbres, de los νόμιμα βαρβαρικά, en el caso persa el discurso sobre la alteridad alcanzó también el ámbito de las mentalidades, de la ideología, de la religión y del derecho. Lo cierto es que, en la representación de la alteridad persa en el imaginario griego, la sombra del *atenocentrismo*, autóctono como el de Esquilo, o de adopción como el de Heródoto, entre otros, fue alargada, y su literatura pesó como una losa insalvable que condicionó en buena medida toda la retórica de una tradición, desde la antigüedad hasta nuestros días, como la historiografía o la novela histórica contemporánea no se cansan todavía de perpetuar³⁹. Ese mismo discurso sobre la barbarie y la retórica de la alteridad floreció también en Roma⁴⁰, a veces con un Alejandro transfigurado en déspota asiático, como leemos en Séneca⁴¹ y Lucano, y alcanzó hasta los discursos ilustrados sobre el buen salvaje o a la fundamentación del colonialismo y del imperialismo occidental. Las palabras de Condorcet sintetizan muy bien esa inveterada tradición, que atribuía la victoria de la luz de las ciencias y los progresos del espíritu humano «au gain de la bataille de Salamine, sans lequel les ténèbres du despotisme oriental menaçaient d’envelopper la terre entière»⁴². Poca, pues, fue la incidencia de la utilización de Jenofonte de la figura de Ciro para ese espejo de príncipes que es la *Ciropedia* y aquella Persia con tantas reminiscencias espartanas⁴³. La obra del ateniense ni cambió la dirección del rumbo dominante ni el tono que equiparaba decadencia oriental y persa y la oponía a la cultura helena, la cota más alta posible de civilización⁴⁴. Asimismo, pronto el sentimiento panhelénico de un Gorgias, de un Lisias o de un Isócrates⁴⁵

39. GARCÍA SÁNCHEZ, M. (2005), «La representación del Gran Rey aqueménida en la novela histórica contemporánea», *Historiae*, 2, p. 91-113. P. CARTLEDGE (2007), con *Termópilas* (Barcelona), B. STRAUSS (2007), con *La batalla de Salamina* (Barcelona), y T. HOLLAND (2007), con *Fuego Persa* (Barcelona), recrean rigurosamente aquel enfrentamiento multiétnico y multicultural. Pero ni la derrota fue tan traumática para los persas ni la victoria moral de Leónidas o el triunfo de los soldados de Salamina salvaron a la civilización, y se confunde al lector si se insinúa una línea de continuidad entre los persas aqueménidas, el islam, Al Qaeda y los atentados de Nueva York, Londres o Madrid.
40. PARATORE, E. (1966), «La Persia nella letteratura latina», en *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il Mondo Greco-Romano*, p. 505-558.
41. GARCÍA SÁNCHEZ, M. (en prensa), «Séneca y la educación del príncipe: el contramodelo aqueménida», en *XII Congreso español de Estudios Clásicos. Valencia, 22-26 de octubre de 2007*, Madrid.
42. COLEMAN, J. E.; WALZ, C. A. (eds.) (1997), *Greeks and Barbarians. Essays on the Interactions between Greks and Non-Greeks in Antiquity and the Consequences for Eurocentrism*, Bethesda; BUCCI, O. (1974), «I rapporti fra la Grecia e l'antica Persia: appunti storico-giuridici per un dibattito sulla pretesa contrapposizione fra Oriente e Occidente», *Apollinaris*, 67/1-2, p. 198-220 (p. 216-219).
43. Como diría después Cicerón: *Cyrus ille a Xenophonte non ad historiae fidem scriptus sed ad effigiem iusti imperii* (Cic. *Q. fr.* 1, 1, 23). HIRSCH, S. W. (1985), *The Friendship of the Barbarians. Xenophon and the Persian Empire*, Hannover y Londres.
44. BRIANT, P., «Histoire et idéologie. Les Grecs et la "décadence perse"», en MACTOUX, M.-M.; GENY, E. (eds.) (1989), *Mélanges Pierre Lévêque 2, Anthropologie et société*, París, p. 33-47.
45. PERLMAN, S. (1969), «Isocrates' *Philippus* and Panhellenism», *Historia*, 18, p. 370-4; MASARACCHIA, A., «Greci e barbari nel *Panegirico* di Isocrate», en DE FINIS, L. (ed.) (1991), *Civiltà Classica e Mondo dei Barbari: due Modelli a Confronto*, Trento, p. 73-101.

reclamó la imperativa concordia entre los griegos y el necesario cumplimiento de una campaña de venganza contra el *Persa*. Sin duda, hubo de pesarle a Demóstenes el que ese ideal cobrase fuerza en la semibárbara Macedonia y que fuese precisamente Filipo el que imprimiese el impulso decisivo a la figura del vengador de la afrenta persa prefigurada en la tradición literaria anterior, que Alejandro debió también conocer y que demuestra cómo en el mundo clásico el poeta o el historiador anticiparon en el imaginario al héroe real que castigaría la desmesura insolente de los persas.

Literatura e historia, realidad y ficción, intrincadas en el tiempo y en el espacio al servicio del resarcimiento de la ofensa aqueménida de intentar convertir la Hélade en una satrapía más. La infamia del *Medo* y el clamor de la venganza se enhebraron primero en los relatos sobre la alteridad, a veces sutil y tangencialmente, para saltar después a las asambleas o las ligas que debatían dónde y cómo habría que sublimar el ardor guerrero, la sed de venganza, las mismas asambleas que tantos años después aún recordarían orgullosas el haber combatido en Maratón, en Salamina, en las Termópilas o en Platea⁴⁶. Una palabra persuasiva sobre la debilidad aqueménida o una contundente imagen plasmada en una bella cerámica alimentaban las ensoñaciones de más de un Alejandro, como antes lo hicieron con las del espartano Agesilao, dispuestos a ser el nuevo Aquiles que haría caer las murallas de la molicie asiática. Incluso los troyanos fueron imaginados entonces a la manera persa⁴⁷. El destino estaba fijado desde hacía tiempo, apuntando hacia oriente, y el macedonio consumó una vieja y anhelada aspiración. Las ideas habían aplanado el camino mediante la justificación de la superioridad helena frente al servilismo bárbaro. Pero es que Alejandro, además, había sido instruido por Aristóteles sobre cómo un griego debería tratar al bárbaro: como un déspota que trata no con hombres, sino con animales⁴⁸.

A través de la relación dialéctica entre griegos y persas, el siglo v aC vio cómo se prefiguraba una imagen de oriente asociada ahora en el imaginario a un imperio, el del *Bárbaro* asiático, el bárbaro por antonomasia, el *Persa*, el μέγας βασιλεύς, y a una forma política, la realeza aqueménida. Poco importaba la experiencia vivida de esos mundos, ni la mirada directa de esos vastos horizontes, porque la falta de información se paliaba y se completaba a través de la fantasía que construía una

46. Aesch. F 773 METTE = 162 RADT; Thuc. III, 54; Simon. PAGE, *PMG* 26; Charito VII, 3, 8-9; LORAU, N., «Marathon ou l'histoire paradigmatique», en LORAU, N. (1981), *L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»*. París, p. 157-173; PROST, F. (1999), «Les combattants de Marathon: idéologie et société hoplitiques à Athènes au Ve s», en PROST, F. (ed.) (1999), *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IV e s. av. J.-C.*, París, p. 69-88; JUNG, M. (2006), *Marathon und Plataiai. Zwei Perserschlachten als «lieux de mémoire» im antiken Griechenland*, Gotinga.

47. ERSKINE, A. (2001), *Troy between Greece and Rome. Local Tradition and Imperial Power*, Nueva York, p. 61-92; LENFANT, D., «L'amalgame entre les Perses et les Troyens chez les grecs de l'époque classique: Usages politiques et discours historiques», en CANDAU MORÓN, J. M.; GONZÁLEZ PONCE, F. J.; CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.) (2004), *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad. Actas del Simposio Internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 25 y el 30 de abril de 2003*, Málaga, p. 77-94.

48. Arist. F 658 ROSE.

etnogeografía apriorística, apoyada no pocas veces en el mito, y que inventaba pueblos, paisajes y figuras. Junto a esa cartografía fantástica, se intuye otra cartografía más real y popular, como una imagen necesaria que posibilita la representación y la delimitación del espacio propio y del ajeno y que revela mucho de la mentalidad de aquellos griegos de la antigüedad. Es probable que Anaximandro hallase la inspiración también en Persia⁴⁹, y su imagen de la Tierra podría haber sido tomada por otro milesio, Hecateo, para trazar un mapa del mundo e impulsar el desarrollo de la geografía arcaica⁵⁰.

Así, si nos sumergimos en la mentalidad popular, la de aquel hombre sencillo que visitaba el ágora y que se sentaba en las gradas del teatro en busca del efecto catártico de la risa, y nos trasladamos a aquellas páginas de los *Acarnienses*, en donde se fija la inversión en tiempo de viaje de una embajada de Atenas a Susa en cuatro años⁵¹, o en aquella cartografía de Aristágoras de Mileto, mediante la cual intentó convencer infructuosamente a Cleómenes de Esparta de que los jonios necesitaban de su auxilio para ser liberados del amargo yugo persa y que cifraba en tres meses el tiempo de camino de Esparta a Susa⁵², reflejan muy bien lo que podría ser una concepción popular del espacio en la que no figuraría más que una vaguísima representación mental de las distancias⁵³.

Los relatos de la alteridad se urdieron, sin duda, con la experiencia real de aquellos artesanos griegos que trabajaron en la construcción de Persépolis o de los médicos, como Ctesias, que sirvieron en la corte del Gran Rey. El comercio constituyó también una vía rápida de difusión de las costumbres de los *Otros*, de pueblos que muchas veces vivían más cerca de la naturaleza que de la cultura y que se convirtieron pronto en materia de relato, ocultando no pocas veces que la interacción cultural deja sus huellas en ambos agentes⁵⁴. Hay, por tanto, que atenuar el supuesto odio o desprecio de los atenienses hacia los persas, y aunque ese rechazo aparezca de una forma diáfana y sin paliativos en la literatura y fue inapelable desde un punto de vista político, salvo en los que *medizaron*⁵⁵, lo cierto es que a menudo

49. BURKERT, W. (1963), «Iranisches bei Anaximandros», *RhM*, 106, p. 97-134.

50. Hdt. IV, 36, 2; Arist. *Meteor.* 362 b 15; Gem. XVI, 4-5; GEHRKE, H.-J. (2007), «Die Raumwahrnehmung im archaischen Griechenland», en RATHMANN., *op. cit.*, p. 17-30 (p. 26 s.).

51. Aristoph., *Ach.* 80.

52. Hdt. V, 49-50.

53. MAZZARINO, S. (1966), «Le vie di comunicazione fra imperio achemenide e mondo greco», en *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il Mondo Greco-Romano*, p. 82; MAZZARINO, S. (1989), *Fra Oriente e Occidente. Ricerche di storia greca arcaica*, Florencia, p. 68-72.

54. ASHERI, D. (1983), *Fra Ellenismo e Iranismo. Studi sulla società e cultura di Xanthos nella età achemenide*, Roma; BALCER, J. M. (1983), «The Greeks and the Persians: the Process of Acculturation», *Historia*, 32, p. 257-67; BASLEZ, M.-F. (1985), «Présence et traditions iraniennes dans les cités de l'Égée», *REA*, 87, p. 137-55; VICKERS, M. (1990), «Interactions between Greeks and Persians», en SANCISI-WEERDENBURG, H.; KUHR, A. (eds.) (1990), *Achaemenid History IV. Centre and Periphery*, Leiden, p. 253-262, y MOMIGLIANO, A. (1988), *La sabiduría de los bárbaros: los límites de la helenización*, Madrid, p. 195-235.

55. WOLSKI, J. (1973), «ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l'époque des Guerres Médiques», *Historia*, 22, p. 3-15; GILLIS, D. (1979), *Collaboration with the Persians*. Wiesbaden; GRAF, D. F. (1984), «Medism: the Origin and Significance of the Term», *JHS*, 104, p. 15-30.

hubo una nada despreciable receptividad hacia la moda persa entre cierta aristocracia ateniense⁵⁶ o una cierta fascinación por la monarquía aqueménida, la de Ciro el Grande, Darío I⁵⁷ o Ciro el Joven, el príncipe que quiso reinar. Parecería, pues, como si toda esa retórica difamatoria de la alteridad persa se centrara en la debilidad por la adopción del gusto por los refinados tejidos orientales⁵⁸, en la moda del uso de parasoles y matamoscas, como quedó plasmado en la cerámica ática, o en la utilización de personal doméstico tan exótico y suntuoso como los eunucos. Por supuesto que el uso de parasoles y matamoscas no significa que se atenuara el desprecio por lo bárbaro o persa, pero no deja de resultar revelador⁵⁹ que los parasoles fuesen en Persia exclusivos de los hombres y en Atenas, en cambio, un complemento tan sólo de mujeres, hecho que revelaría cómo la imagen del bárbaro persa, de un gran rey demasiado femenino, como un nuevo Sardanápalo⁶⁰, y de unos varones persas afeminados, simbolizaba la decadencia y la τρυφή, el afeminamiento que sólo era tolerado y justificable entre las mujeres, que en la moral ateniense eran paradigmas, al menos en potencia, de la ἀβροσύνη. Así, el desprecio frente al *medismo* o la simpatía por lo persa fue muchas veces un sentimiento no poco contradictorio, y la aristocracia ateniense lo midió con un doble rasero, a saber, siendo críticos e intransigentes de palabra, pero volubles con la acogida prestada a esos bienes de prestigio venidos de oriente tan caros a la aristocracia. Lo cierto es que el proceso de asimilación fue complejo y que el *medismo* constituyó también un arma arrojada para muchos sicofantas del ágora, volviéndose no pocas veces en la asamblea contra sus mismos blandidores, pensemos en el astuto Temístocles, en el falsamente encrático Pausanias o en el ambiguo Demóstenes⁶¹. Sin embargo, insistimos, el sentimiento frente al *medismo* y la recepción de lo oriental suscitó pasiones más encendidas de lo que a primera vista podría parecer, y frente a la constante invasión de tejidos orientales que vistió la iconografía cerámica ática (troyanos y amazonas vestidos a la moda persa), o las apologías de la monarquía de Ciro en Jenofonte o los cínicos, hay que ser mucho más que cautos y descifrar qué intencionalidad escondían.

El irresistible objeto de admiración y fascinación que teóricamente podría representar a ojos de la aristocracia ateniense la monarquía y el estilo de vida persa como manifestación de confort⁶², ha de ser puesto en cuarentena ante la reacción

Un *ostrakon*, de ca. 485 a. C. (Atenas, Kerameikos O 849), en el que se acusa a Calias de *medismo* mediante la inscripción ΚΑΛΙΑΣ ΚΡΑΤΙΟ ΜΕΔΟΣΣ revela muy bien el sentimiento frente a ese delito al haberse bosquejado en el reverso la silueta de un arquero persa.

56. MILLER, M. (1997), *Athens and Persia in the Fifth Century BC. A Study in Cultural Receptivity*, Cambridge, cap. I.

57. Aesch. *Pers.* 555, 634-690; Plat. *Ep.* VII, 332a-b; D. S. I, 95, 4-5.

58. Aristoph. *Vesp.* 1137-1147; *Eccl.* 319; *Nub.* 151; *Ran.* 937.

59. HARRISON, TH. (ed.) (2002), *Greeks and Barbarians*, Edimburgo, p. 11.

60. LENFANT, D., «De Sardanapale à Élagabal: les avatars d'une figure du pouvoir», en MOLIN, M. (2001) (ed.), *Images et représentations du pouvoir et de l'ordre social dans l'antiquité*, París, p. 45-55.

61. Thuc. I, 130; 135; Plut. *Dem.* XX.

62. WIESEHÖFER, J. (2004), «Persien, der faszinierende Feind der Griechen: Gütertausch und Kulturtransfer in achaimenidischer Zeit», en ROLLINGER, R.; ULF, CH. (eds.) (2004), *Commerce*

popular a la representación de *La toma de Mileto*, de Frínico, en el 493-492 aC, o ante las denuncias de la suntuosidad de la aristocracia en la comedia aristofánica⁶³. Por otro lado, tanto Jenofonte como Platón o los cínicos encomian precisamente aquella austeridad y encratía que vistió todas y cada una de las acciones de Ciro⁶⁴. Sin duda, pues, en la Atenas de los siglos V y IV aC se vivió contradictoriamente el dilema entre sucumbir a la fascinación por el lujo oriental y condenar la lujuria persa y actuar, incluso legislativamente, contra la propagación de la *μαλακία* como forma de vida. No obstante, la admirada austeridad de aquellos persas fundadores del imperio aqueménida se mezcló, y no poco, con el respeto hacia el sencillo y simple estilo de vida de los espartanos que propició la derrota y la humillación de Atenas, y en aquella *καλοκαγαθία* de Ciro había mucho de espejismo espartano.

La generalización del desprecio por lo persa o por lo bárbaro sería, no obstante, ingenua, ya que una cosa es la mentalidad y otra muy distinta, la necesidad. Así, el mercenario —como Jenofonte—, el comerciante, el artista o el médico —como Ctesias—, pero también el exiliado —Hippias, Temístocles o Alcibíades—, vencían súbita e interesadamente sus posibles prejuicios, si es que los tenían antes, y se volcaban al conocimiento de las costumbres de su nuevo benefactor. Los casos citados son suficientemente elocuentes y es conocido que Temístocles aprendió persa⁶⁵ o que Pausanias negoció una alianza matrimonial con una hija de Jerjes⁶⁶. Son, si se quiere, modestos indicadores, pero testimoniales, y lo cierto es que, junto a la parodia de la lengua persa en Aristófanes, existiría el conocimiento real por parte de más de un griego de la lengua de aquellos temibles bárbaros, aunque ese conocimiento fuese precario y casi siempre despreciativo⁶⁷.

A través de las acciones de cada uno de los soberanos persas, se enhebró una retórica de la alteridad con la intencionalidad clara y manifiesta, aviesa incluso, de denigrar al eterno enemigo y, por extensión, al mundo oriental, retórica muy acorde con ese sentimiento de superioridad tan característicamente griego —y nuestro— que despreció con orgullo todo lo bárbaro. El poder de las imágenes generado con la palabra se puso al servicio de acuñar un retrato de los grandes reyes aqueménidas desfigurado a la manera griega, a saber, como el paradigma del

and Monetary Systems in the Ancient World: Means of Transmission and Cultural Interaction. Proceedings of the Fifth Annual Symposium of the Assyrian and Babylonian Intellectual Heritage Project Held in Innsbruck, October 3rd-8th 2002, Stuttgart, p. 295-307.

63. *Schol. Aristoph. Eq.* 580.

64. *Xen. Cyr.* I, 2, 1; *Plat. Ep.* II 311a; *Ep.* IV 320d; *Menex.* 239d; *Alc.* I 105c; *D. Chr.* II, 77; *cf. Them., Or.* X, 132b.

65. *Plut. Them.* XXIX, 5; *Reg. et. imp. apophth.* = *Moralia* 185F; *Philostr. Im.* II, 31, 2.

66. *Thuc.* I, 128.

67. *Aristoph. Ach.* 98; *Thuc.* IV, 50; BACON, H. (1961), *Barbarians in Greek Tragedy*, New Haven; SCHMITT, R. (1967), «Medisches und persisches Sprachgut bei Herodot», *ZDMG*, 117, p. 119-145; SCHMITT, R. (1978), *Die Iranier-Namen bei Aischylos*, Viena; SCHMITT, R., «Achaimenidisches bei Thukydidēs», en KOCH, H.; MACKENZIE, D. N. (eds.) (1983), *Kunst, Kultur und Geschichte der Achämenidenzeit und ihr Fortleben*, Berlín, p. 69-86; SCHMITT, R. (1984), «Perser und Persisches in der alten attischen Komödie», *AcIr*, 23, p. 459-472 (p. 470); SCHMITT, R. (2002), *Die iranischen und Iranier-Namen in den Schriften Xenophons*, Viena.

déspota oriental y de un pueblo ajeno a ese anhelo de libertad que la sociedad clásica y la tradición occidental no dejó de ensalzar hasta la saciedad como genéricamente heleno y frente al cual el déspota asiático, con sus innumerables ejércitos, no logró sino emprender el camino de la ignominiosa huida. Baste pensar en los relatos sobre el Ciro que se creía más que un hombre⁶⁸ y al que bien cuerdo volvieron los maságetas de la reina Tomiris⁶⁹, en la locura de Cambises⁷⁰, en el Darío I *κάπιλος*⁷¹, en la *ὑβρις* y vanidad de Jerjes⁷², en la codicia de Darío II⁷³, en las conjuras del harén de Artajerjes II⁷⁴, en la jactancia de Ciro el joven⁷⁵, en la crueldad desatada de Artajerjes III⁷⁶ y en el medroso Darío III⁷⁷, cobarde en la guerra como la mayoría de los persas⁷⁸. Tan sólo se salvó de la censura Artajerjes I el magnánimo⁷⁹. Cerámica ática y Maratón, glorias de Atenas; por un lado, comparecen persas y amazonas, iconografías bárbaras, representaciones de una alteridad, latente en negro, abrumadoramente presente en rojo, ocasionalmente manifiesta en blanco; por el otro, gigantomaquias, centauromaquias, amazonomaquias, la propia guerra de Troya⁸⁰, y Teseo⁸¹, héroe civilizador ateniense, que recogió el relevo de Heracles en perfecta y armoniosa sincronía con las celebraciones del triunfo sobre la *ὑβρις* y la *ἄτη* persa, en Maratón, en Salamina, en Platea, en Eurimedonte⁸². Junto a los vasos cerámicos, los frescos que representaban en el pórtico Pecile la batalla de Maratón y de Énoe⁸³, de autoría incierta, de Micón o de Panaino⁸⁴, con la lucha de Teseo contra las amazonas, un mimetismo del con-

68. Hdt. I, 204, 2; cf. Hdt. VII, 18, 2.

69. Arr. An. IV, 11, 9.

70. Hdt. III, 38, 1; Plat. Lg. 695b; D. S. X, 14, 1; Sen. Ir. III, 14; Them. Or. I, 7c.

71. Hdt. III, 89, 3; D. Chr. IV, 98; Jul. Or. II, 85c-d; Them. Or. XIX, 232a.

72. Aesch. Pers. 821-4; Hdt. VII, 24; Ctes. *FGrHist.* 688, F 13, 27; Lys. II, 27-29; V. Max. IX, 5, ext. 2; Just. II, 10, 23-24; 11, 1; Sen. *de const. sap.* II, 4, 2; Gel. VII, 17, 1; D. Chr. XLVII, 15; LVII, 12; Ael. *VH* II, 14 y IX, 39; Ps.-Callisth. II, 3; Procl. *in Alc.* 150, 25; Them. Or. XIX, 226b.

73. *Hell. Oxy.* XIX, 2 BARTOLETTI.

74. Plut. Art. XIX y XXIII, 2; Ael. *VH* XII, 174-210; Charito V, 2, 6.

75. Plut., Art. VI, 4; cf. *Apophth. Lakon.* = *Moralia* 222C-D; Lys. VI.

76. V. Max. IX, 2 ext. 7; Just. X, 3, 1; D. S. XVI, 51, 2; Plut. Art. XXX, 9; *Reg. et. imp. apophth.* 1 = *Moralia* 172B.

77. Curt. III, 11, 11-2; Liv. IX, 17, 16; Plut. Alex. XXXII, 3; Arr. An. III, 15, 5; Ps.-Callisth. I, 37 y 41.

78. Hp. *Aër.* 23, 3-4; Isoc. IV, 150; Xen. *HG* III, 4, 19; cf. Plut. *Apophth. Lakon.* = *Moralia* 209C.

79. Nep. *Reg.* 1, 4; Plut. Art. I; IV, 4; Amm. Marc. XXX, 8, 4.

80. CASTRIOTA, D., «Justice, Kingship, and Imperialism: Rhetoric and Reality in Fifth-Century B. C. Representations Following the Persian Wars», en COHEN, B. (ed.) (2000), *Not the Classical Ideal. Athens and the Construction of the Other in Greek Art*, Leiden, p. 443-479.

81. ARV 1052, 29; 1252, 50.

82. Enócoe de figuras rojas en el Museum für Kunst und Gewerbe de Hamburgo (inv. n° 1981.173). SCHAUBENBURG, K. (1975), «ΕΡΥΜΕΔΩΝ ΕΙΜΙ». *Athenische Abteilung*, 90, p. 97-121; FRANCIS, E. D. (1990), *Image and Idea in Fifth-Century Greece. Art and Literature after the Persian Wars*, Londres.

83. Paus. I, 15, 1.

84. SCHOPPA, *op. cit.*, p. 28; HARRISON, E. B. (1972), «The South Frieze of the Nike Temple and the Marathon Painting in the Painted Stoa», *AJA*, p. 353-378; HÖLSCHER, T. (1973), *Griechische Historienbilder des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.*, Würzburg, p. 50-68 y 78-84.

flicto entre griegos y bárbaros, y la pintura de los μαραθωνομάχοι, beocios de Platea y atenienses que combatían contra unos persas que, cómo no, huían; y las naves fenicias vencidas por las griegas que chocaban las unas contra las otras en desordenada maniobra de repliegue y huida⁸⁵; o la lucha de griegos frente a los, seguramente, persas del friso del templo de Atenea Nike. Otros testimonios son un fragmento de pintura de la casa de Dionisos, en Delos (siglos II y I aC)⁸⁶, que nos muestra a un persa herido; la iconografía del mosaico de la casa del Fauno, cuyo modelo podría ser un cuadro de la batalla entre Alejandro y Darío pintado por Filóxeno de Eretria para Casandro⁸⁷; los combates del llamado «sarcófago de Alejandro»; la crátera apulia del pintor de Darío en Nápoles⁸⁸, o una curiosa miniatura de un manuscrito bizantino del siglo XI de los *Cinegética* del Pseudo-Opiano⁸⁹, en el que vemos, como en otros dos vasos también de factura apulia, a un Darío fugitivo perseguido por Alejandro. Iconografías bárbaras que reflejan la segunda naturaleza del enemigo, del eterno enemigo, subyugada, vencida, medrosa, siempre fugitiva. Una imagen arquetípica de larga duración.

Otro ejemplo de desacreditación de la alteridad persa en el imaginario griego lo constituye el tema relativo a la sucesión, que para los autores clásicos siempre estuvo vertebrada alrededor de la lucha fratricida y las conjuras del harén⁹⁰. En las disputas por la sucesión, la molicie de los soberanos persas y el nefasto influjo de sus mujeres y eunucos fueron uno de los síntomas más letales para la decadencia del imperio, que vio cómo ya desde Ciro se delegaba la educación del futuro heredero en manos de eunucos y mujeres y dentro del harén, imbuidos en la molicie meda y en la vida disoluta⁹¹, en donde las mujeres gobernaban sobre los hombres⁹², y en

85. Paus. I, 15, 3; Plin. *Nat.* XXXV, 57.

86. COHEN, A. (1997), *The Alexander Mosaic. Stories of Victory and Defeat*, Nueva York, p. 57.

87. Plin. *Nat.* XXXV, 110. Para la datación del modelo del mosaico, para algunos, inmediatamente después de la batalla de Isos, para otros, alrededor del 317-316 aC, puede consultarse COHEN, *op. cit.*, p. 84, con bibliografía.

88. El vaso ha recibido una atención destacable en la historiografía: ANTI, C. (1952), «Il vaso di Dario e i Persi di Frinico», *ArchClass*, 4, p. 23-45; GHIRON-BISTAGNE, P., «À propos du "Vase des Perses" au Musée de Naples. Une nouvelle interprétation?», en GHIRON-BISTAGNE, P.; MOREAU, A.; TUPLIN, J.-C. (eds.) (1992/3), *Les Perses d'Eschyle, Cahiers du Gita*, 7, p. 145-158; METZGER, H. (1967), «À propos des images apuliennes de la bataille d'Alexandre et du conseil de Darius», *REG*, 80, p. 308-313; SCHMIDT, M., «Asia und Apatè», en GUALANDI, M. L.; MASSEI, L.; SETTIS, S. (eds.) (1982), *Aparchai. Nuovi ricerche e studi sulla Magna Grecia e Sicilia antica in onore di Paolo Enrico Arias II*, Pisa, p. 505-520; VILLANUEVA-PUIG, M.-C. (1989), «Le Vase des Perses. Naples 3253 (inv. 81947)», *REA*, 91/1-2, p. 277-298; TOURRAIX, A. (1997/2), «Le vase des perses, le mythe et l'histoire», *REG*, 110, p. 295-324. Incluso hay quien ha intentado reconstruir a partir de dicho vaso *Los persas* de Frinico (SÉCHAN, L. [1926], *Études sur la Tragédie grecque dans ses rapports avec la céramique*, París, p. 526 s.; C. ANTI, *op. cit.*, p. 39-45).

89. Biblioteca Nazionale Marciana, cod. Gr. Z 479 [=881], folio 8^v; WEITZMANN, K. (1984), *Greek Mythology in Byzantine Art*, Princeton, p. 102 s. y 109.

90. GARCÍA SÁNCHEZ, M., «La figura del sucesor del Gran Rey en la Persia aqueménida», en ALONSO TRONCOSO, V. (ed.) (2005), *ΔΙΑΔΟΧΟΣ ΤΗΣ ΒΑΣΙΛΕΙΑΣ. La figura del sucesor en la realeza helenística*, Madrid, p. 223-239.

91. Plat. *Lg.* 694d-696a; D. Chr. XXI, 4.

92. Hdt. VII, 3, 4; Arr. *An.* I, 2, 7.

especial porque los persas mantenían relaciones incestuosas con sus madres, hijas y hermanas⁹³, debido, entre otras cosas, a su imposibilidad para reprimir las pulsiones sexuales⁹⁴, lo que les conducía a la extravagancia de hacerse acompañar en la guerra de sus mujeres y concubinas⁹⁵. Fue el incesto uno de los νόμιμα que más escandalizó a los autores clásicos y su explotación hasta la saciedad, una manera fácil y rentable de difamar a la alteridad aqueménida⁹⁶.

La religión no podía quedar fuera en una encuesta etnogeográfica y la alteridad persa había por fuerza de mostrarse como sumamente impía⁹⁷, con soberanos, como el ἀνόσιος Cambises⁹⁸, el ἀσεβέστατος Jerjes⁹⁹, monarcas profanadores y saqueadores de santuarios¹⁰⁰ que se hacían adorar como dioses, como ponía de manifiesto el mal entendido gesto de la προσκύνησις¹⁰¹.

Finalmente, y por citar un último ejemplo de νόμιμα de la alteridad transfigurado por el imaginario griego, valgan los usos de la comensalidad y la mesa del Gran Rey o de los persas en general¹⁰², servidas con todos los refinamientos del exceso y la τρυφή y en donde lo habitual eran los banquetes, *avant la lettre*, pantagruélicos¹⁰³, en donde se servían hasta camellos enteros¹⁰⁴, porque el rey y su corte fueron muy aficionados a los *conuiuales ludi*¹⁰⁵, puesto que ignoraban que dichas coacciones del deseo eran letales para la buena salud del imperio¹⁰⁶. Pero si hubo un vicio que perdió a los persas tras la conquista de Lidia, fue su afición

93. Clem. Al. *Paed.* I, 55, 2.

94. Hdt. I, 135; Heraclid. Cum. *FGrHist.* 689, F 1; Just. XII, 3, 10; Ael. *NA* I, 14.

95. Hdt. VII, 83; cf. Xer. *Cyr.* III, 1, 9; Arr. *An.* III, 19, 2; Curt. III, 3, 22-25; Charito VI, 9, 6.

96. Hdt. III, 31; D. K. 90, II, 15; cf. Hipp. D. K. 86, F A. 14, 20-21; Herodicus, *apud* Ath. 220C = DECLEVA CAIZZI 29A; Eustath. *in Odys.* X, 7, p. 1645 = DECLEVA CAIZZI 29B; Ctes. *FGrHist.* 688, F 15, 44; Catul. XC; Strab. XV, 735; Ael. *NAVI*, 39; Plut. *Art.* XXIII, 3-6; Plut. *Moralia* 328C; Jul. *Or.* I, 9c; Agth. II, 24. BUCCI, O. (1978), «Il matrimonio fra consanguinei (Khvētūkdās) nella tradizione giuridica delle genti iraniche», *Apollinaris*, 51, p. 291-319; GARCÍA SÁNCHEZ, M., «Miradas helenas de la alteridad: la mujer persa», en ALFARO GINER, C.; GARCÍA SÁNCHEZ, M.; ALAMAR LAPARRA, M. (eds.) (2002), *Actas del Tercer y Cuarto Seminarios de Estudios sobre La Mujer en la Antigüedad (Valencia, 28-30 de abril, 1999 y 12-14 de abril, 2000)*, Valencia, p. 63-66.

97. Xen. *Cyr.* VIII, 8, 7; Plin. *Nat.* XXXVI, 14, 66-67.

98. Hdt. III, 38, 1; D. S. I, 46, 4-5.

99. Aesch. *Pers.* 810-834; cf. Hdt. VII, 203, 2.

100. Isoc. IV, 155-156.

101. Isoc. IV, 151; Arr. *An.* IV, 11-12, 3; cf. Chares *FGrHist.*, 125, F 14a-b.

102. SANCISI-WEERDENBURG, H. (1995), «Persian Food. Stereotypes and Political Identity», en WILKINS, J.; HARVEY, D.; DOBSON, M. (eds.) (1995), *Food in Antiquity*, Exeter, p. 286-302.

103. Ctes. *FGrHist.* 688, F 53; Heraclid. Cum. *FGrHist.* 689, F 2; Theopomp. *Hist. FGrHist.* 115, F 113; Duris *FGrHist.* 76, F 49; Ath. 607F; Polyaen. IV, 3, 32. LEWIS, D. M. (1996), «The King's Dinner (Polyaenus IV 3, 32)», en SANCISI-WEERDENBURG, H.; KUHR, A. (eds.) (1996), *Achaemenid History II, The Greek Sources. Proceedings of the Groningen 1984 Achaemenid History Workshop*, Leiden, p. 79-87; LENFANT, D., «On Persian *tryphe*», en TUPLIN, CH. (ed.) (2007), *Persian Responses. Political and Cultural Interaction with(in) the Achaemenid Empire*, Swansea, p. 51-65.

104. Antiph. F 170 KASSEL-AUSTIN; cf. Aristoph. *Ach.* 70-89.

105. Curt. V, 37.

106. Clearch. WEHRLI, *DSA* 3², F 50; *apud* Ath. 539B.

desmesurada al vino¹⁰⁷. Es también un tópico en la representación de la alteridad el presentar a los persas como unos ávidos recaudadores de tributos, hasta tal punto que, con dicha práctica, llegaron a estrangular la economía de las *póleis* jónicas. El superlativo apetito del Gran Rey se relacionó con el coste fiscal que su desmesura y ostentación tenía para los territorios sujetos a su imperio, otro de los tópicos, el de la asfixia fiscal y el estancamiento económico de la economía aqueménida, dominante en las fuentes clásicas y en buena parte de la historiografía hasta hace bien poco¹⁰⁸.

Obviamente, en todos esos relatos había mucho de manipulación, pero sería erróneo considerar que, tras esos discursos tergiversados a voluntad, nunca se escondía alguna realidad aqueménida. Ahora bien, y por citar algunos ejemplos, lírica (Simónides), logografía jonia (autores de *Persiká*), historiografía (Heródoto e historiadores de Alejandro), tragedia (Esquilo), comedia (Aristófanes)¹⁰⁹, filosofía (Platón, Aristóteles, los cínicos...), literatura científica (Hipócrates), la novela (*Ciropedia*, de Jenofonte, y el escritor Caritón de Afrodosias), el nomo (Timoteo), la geografía (Estrabón), todos y cada uno de los géneros literarios, la cerámica ática y otras formas artísticas construyeron su representación de la alteridad persa, definida siempre a través de la molición (τρουφή), el lujo (ἀβρότης), la soberbia (ὑβρις), la fanfarronería (ἀλαζονεία), la jactancia (κόμπος), el orgullo (ὑπεροψία), la magnificencia (μεγαλοπρεπεία), la ufanía (μεγαλοψυχία) y la arrogancia (ὑπερηφανία)¹¹⁰. De ninguno de ellos, sin excepción, estuvo faltó tampoco el Gran Rey, casi siempre la sinécdoque *ad hoc* para representarse el exceso de los persas, con lo cual eran vistos a través de un prisma deformador como el *Bárbaro*, el *Persa*, porque los Aqueménidas fueron los bárbaros con mayúsculas en tanto que señores de la barbarie también mayúscula. A través del análisis de la realeza aqueménida y de los νόμια de su Gran Rey, voluntaria e involuntariamente distorsionado, se esbozó un retrato de la alteridad persa apoyado en intereses políticos, étnicos y también psicológicos, en tanto que necesitaban buscar la risa y la ridiculización del enemigo. No es, en el fondo, sino un mecanismo de defensa para cauterizar la angustia sentida frente a un gigantesco

107. Plat. *Lg.* 695b; Strab. XV, 3, 19-20; Sen. *Jr.* III, 14; cf. copa ática de figuras rojas en Antikensmuseum, Basilea, inv. BS 1423. LENFANT, D., «Le vin dans les stéréotypes ethniques des grecs (du rôle de la norme en ethnographie)», en JOUANNA, J.; VILLARD, L. (eds.) (2002), *Vin et santé en Grèce ancienne*, París, p. 67-84 (p. 78 s.).

108. BRIANT, P. (1989), «Table du Roi, tribut et redistribution chez les Achéménides», en BRIANT, P.; HERRENSCHMIDT, C. (eds.) (1989), *Le tribut dans l'empire perse. Actes de la Table ronde de Paris 12-13 Décembre 1986*, París, p. 35-44. El tópico aparece también en un pasaje de Plutarco (Plut. *Lys.* III, 2-3) que denuncia que Éfeso estaba casi barbarizada (ἐκβαρβαρωθῆναι) y su economía estancada y en claro declive, cuando, de hecho, el registro arqueológico, en especial el registro anfórico, revela lo contrario, a saber, que hacia el 400 aC o con la paz del Rey (386 aC) hubo un renacimiento económico. M. LAWALL, «Amphoras and Economic History», en SCHERRER, P.; TRINKL, E. (2006), *Die Tetragonos Agora in Ephesos*, Viena: Forschungen in Ephesos, XIII/2, p. 253-255.

109. Sobre los bárbaros en la comedia, véase LONG, T. (1986), *Barbarians in Greek Comedy*, Carbondale, Southern Illinois.

110. HABERKORN, *op. cit.*, p. 135-137; TRÜDINGER, *op. cit.*, p. 33.

enemigo de frontera con vocación imperialista. Y así, la figura del μέγας βασιλεύς se nos ofrece como una forma privilegiada de estudiar la representación de la alteridad persa en el imaginario griego, como un modelo de representación, sin duda, de larga duración¹¹¹.

111. GARCÍA SÁNCHEZ, M. (en prensa) Ο ΜΕΓΑΣ ΒΑΣΙΛΕΥΣ. *Formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, Barcelona.